

Notas y Documentos

Florecimiento y decadencia del helenismo en Asia

(Continuación)

La política de los Seléucidas está en abierta y manifiesta contraposición con la de los Lápidas, los que mantienen los límites de las diferentes nacionalidades que dominan; las mantienen vigorosamente, y por esto mismo, aún en los países vecinos como Palestina y Fenicia fundan solamente una que otra ciudad griega apesar de todo su aporte filoheleno. El reino de los Ptolomeos no es el país de origen del helenismo, sino que el Seleucida. Cuanto más estorbos encuentra en aquéllos, tanto más busca en éstos un apoyo que le permita su libre desarrollo. Si Seleuco I y Antioco I desearon la sumisión de las ciudades griegas del Asia Menor, Antioco II pensó de otra manera al conceder la libertad a Mileto y a toda Jonia y arrancarla del poder de los Lápidas y de su tirano Tymarcos. Por esta acción fué premiado, ya que se le elevó a la categoría de un dios, lo que significa que las repúblicas

libres continuaban, sin embargo, unidas al reino y su política por lazos indisolubles. Del mismo modo declaró libre la ciudad de Arados en el año 259. Esta política los Seléucidas la mantuvieron hasta el fin, y ella obtuvo su recompensa: más de una vez, cuando todo estaba en el caos, la adhesión de los súbditos y exaltación de las ciudades salvaron al reino.

Así avanza progresivamente la helenización y fusión de los pueblos. Se realiza el cambio de la noción de helenismo, que había sido predicho por Isócrates, y considerado como una realidad por Eratóstenes: helenos son desde entonces las personas cultas cualesquiera que sea su origen, pero para quienes se supone el dominio del idioma griego; y, los bárbaros son la masa inculta. Por cierto que no falta la reacción. Como el reino no sólo es asiático considerado geográficamente, sino que debe conformarse además con las condiciones que le están dadas, el gobierno y la dinastía toman un tinte asiático. Las costumbres y apreciaciones de los súbditos aparecen con tanto más fuerza, cuanto más avanza la fusión.

No tenemos necesidad de seguir la historia del reino en el siglo III en sus detalles. A los ataques del exterior se agrega la debilidad que nace de su gran extensión. Al mis-

mo tiempo hay que considerar también que la vida suntuosa, cuyo principal centro de desenvolvimiento fueron las provincias, creó conjuntamente con los intereses particulares, la manera de ser propia de las ciudades griegas que va unida a un inseparable particularismo. Por esto, más de una vez, sea aquí o allá, se produjeron levantamientos; pero siempre reaparece el sentimiento que todo remedio puede hallarse únicamente en el mantenimiento del reino. Es así que estos enérgicos dominadores lograron finalmente mantenerse al través de todas estas crisis. En un solo lugar tuvieron algún resultado estos levantamientos: en Bactriana con Sogdiana en el año 255 se sublevó el gobernador Diodotos contra Antioco II y fundó un reino independiente. El éxito se debió, no tanto al deseo de independencia, sino a que el rey no pudo intervenir enérgicamente en el lejano Oriente, ya que estaba continuamente solicitado por las preocupaciones del reino. Una tal intervención debía efectuarse por la centralización de los poderes locales bajo un fuerte gobierno único que pudiese asegurar la soberanía griega y defenderla de las invasiones de las tribus nómades (designadas por los griegos como Escitas o Daher), amenaza constante a la vida culta de estas regiones. Posiblemente se explica de esta manera el que en las monedas conmemorativas que algunos reyes posteriores, Agathoklés y Antimacos, acuñaron en honor de los fundadores de la soberanía griega de esta región, le diesen a Diodotos el nombre de Soter «el salvador». Es también en esta época de agitación general que abarca todo el Oriente, cuando Arsaces, jefe de una de estas tribus nómades de los Parner o Aparner, logró establecerse y afianzarse en Parthien (Corasan) e Hyrkanien. El año 243-48 es el año oficial de fundación del reino de los Arsácidas. Sin embargo, Arsaces tuvo que retroceder una vez más ante un ataque combinado de Seleuco y Diodotos, y debió buscar refugio en el desierto junto a los Apasiaken. Pero al morir Diodotos, pudo regresar y vencer a Seleuco. Mayor importancia no ganó este reino en aquel entonces. La parte principal del Irán, sobre todo la Media del sur y Persia, fueron afianzadas por los Seleucidas, y Antioco III dominó sin mayor esfuerzo en el año 229 el levantamiento del Sátrapa de Media, Molon, y de su hermano Alejandro de Persia. Pero la independencia de los países limítrofes se mantuvo. Así mismo cuando Antioco III venció en su campaña oriental (210-206) al rey de los Partos y a Euthydemus de Baktrien, les concedió una paz razonable y les reconoció sus títulos reales. Comprendió que el sometimiento de estas regiones estaba por encima de las fuerzas del reino, y que todas las partes obtendrían un mayor provecho si la defensa de las fronteras quedaba a cargo de las potencias locales. Renovó también las relaciones amistosas con el reino índico. Del mismo modo en el año 220, se contentó, después de haber vencido a Molon, con mostrar su poderío al rey Artabazanes de Atropatene, y concederle una paz razonable. De manera dife-

rente fué su comportamiento con Armenia; por cierto que en el año 212 recibió amigablemente como vasallo al joven rey Xérxes y se casó con su hermana, pero poco después lo hizo matar por intermedio de ésta y dividió el país en dos satrapías: la del Oeste para Artaxias y la del Este (Soplene) para Zariadris.

En los años siguientes comienzan las grandes conquistas de los reyes griegos bactrianos de Euthydemos y su hijo Demetrio, de sus rivales Eukratidas y sus sucesores hasta Apollodoto y Menandro. Sometieron Aracosia y la región del Indo hasta el mar e hicieron grandes incursiones en la India. Reconstruir la intrincada historia de estos reinos es imposible dada la escasez de material. El que haya sido una cadena ininterrumpida de combatés, usurpaciones y efímeras formaciones nuevas, nos lo revelan las monedas que son nuestra fuente más importante, prácticamente la única. Por ellas hemos conocido a lo menos treinta nombres de reyes griegos que se sucedieron en un tiempo no mayor a cien años. Sin embargo, esta conquista que abarca mucho más allá de las fronteras de los dominios de Alejandro, debió aparecer como un nuevo gran éxito del helenismo que comprueba una vez más su fuerza vital. Apollodóros, historiador de los Partos, designa el reino de los Eukratidas como «el reino de las mil ciudades», y aun cuando se incluyen los pueblos nativos y en primer término las numerosas ciudades de la India, también conocemos fundaciones nuevas de estos dominadores, Eukratida en Bactriana, Demetrias en Aracosia, Euthydemia en Pendjab en lugar de la ciudad india Sagala.

Con toda evidencia aparece el helenismo en las magníficas monedas de sus soberanos. Las cabezas reales muestran un realismo lleno de vida en la comprensión de la efigie, lo que jamás ha sido sobrepasado en la acuñación de monedas. La representación de los dioses en el reverso, Zeus, Poseidon, Herakles, Los Dioskuros, Pallas y Nike, en pasajes movidos y llenos de vida ha sido ejecutada con un trabajo cuidadoso de la musculatura y de los atributos, y son obras maestras del arte heleno maduro. En los palacios reales, junto a los acuñadores, encontramos a los escultores griegos que adornaban templos y palacios con estatuas y relieves.

Las características de los reinos aparecen solamente en pocos rasgos esenciales, exceptuando el uso de animales indígenas como el bisonte, el elefante, la pantera, al reverso de las monedas de cobre. Tenemos estos rasgos, sin embargo, en la gorra de elefante con trompa y colmillo que Demetrio llevaba en la cabeza y el yelmo de Eukratida y dos de sus sucesores.

El reino Seleucida ni con una organización más firme habría durado más de lo que duró. La separación del reino Seleucida y además la intervención del reino Arsácida, que luego comenzó a avanzar victoriosamente contra el Irán oriental hizo perder la unión con el mundo del Mediterráneo, y es difícil que de aquí haya venido una inter-

vención. Cuanto más se avanzaba, tanto más tenía que trasladarse el punto de gravedad a las regiones índicas, mientras el norte retrocedía al otro lado del Hindukusch. De esta manera se explica que penetraran aquí, desde mediados del siglo II, los Saraukos o Sakaraulios, Asianicos, Tocharienses, pueblos de la rama asiática central, y pudiesen apoderarse de Sogdiana y luego después de Bactriana, arrebatadas a los griegos. La soberanía griega empero siguió subsistiendo en la India, y los reyes Apóllodotos y Menandros (principios del siglo I), se internaron tanto en el Pendjab como en las regiones de la costa hasta Syras-tene (Gudjerat), aún más que sus antepasados. Las tradiciones griegas se siguen manteniendo en sus monedas, aun cuando se nota claramente su degeneración. Pero ya Eukratidas mandó acuñar, para el uso local, además de las monedas de oro y plata netamente griegas, monedas de cobre en dos idiomas, de forma cuadrada, forma que proviene de la India; la leyenda y la letra son hindúes. Después de Kharoschti también se hace común el uso de los dos idiomas en las monedas de plata. De la misma manera el tipo de moneda ático cede a uno nacional. Cuan grande fué la mezcla que resultó del acercamiento, nos lo muestra el hecho que el rey Menandro aparece en la tradición budista con el nombre de Milinda como devoto del budismo y discutiendo con el sabio Nagasena. Se agrega a esto, según una tradición guardada por Plutarco, que después de un reinado feliz murió en una campaña y por el hecho de que varias ciudades se disputaban el honor de enterrarle, llegaron al acuerdo de repartir sus cenizas entre todas. Al proceder de tal manera no hicieron sino una repetición de la forma como se trataban las reliquias de Buda y otros santos. Sin embargo, en sus monedas no encontramos ningún signo de budismo, sino solamente Athena con Aegis y Donnerkeil o la Nike. Con mucha mayor claridad se presenta la situación de los reyes posteriores, pues todos, incluyendo Apóllodotos y Menandro, recibieron el sobrenombre de Σωτηρ. Ellos son los protectores y salvadores del griego en el extranjero. Alrededor de la mitad del siglo primero A. de J. C. encontramos a Hermaios, el último de ellos. Después la supremacía griega cae también en la India ante el avance de los pueblos que venían del noroeste, es decir, las ramas «indo-escitas», sacarios y tocarianos. De sus reinos y de los reinos parciales de dinastías partas nació finalmente y a principios del siglo II después de C. el gran reino Kuschana, cuyo gobernante más famoso fué Kanischka, conocido como el más poderoso protector del budismo.

Así fracasó, después de una lucha de trescientos años, el proyecto de anexas Irán oriental y la región del Indo a la cultura occidental. Las enormes energías gastadas por los griegos en estas regiones aparecen como inútiles desde el punto de vista helénico; y, sin lugar a dudas, hubieran sido mucho más provechosas si las hubiesen em-

pleado en las regiones del Oeste, que podrían haber conservado para siempre, sobre todo, las tierras que se extienden a orillas del Eufrates y Tigris. Mirada desde el punto de vista de la historia universal, la aparición del helenismo en el Este fué de una importancia enorme y duradera y que tuvo muchas consecuencias.

El que junto a la letra Kharoschti se conserva la griega en las monedas, no prueba nada acerca de la supervivencia de la lengua griega. Tiene, sí, más importancia el que estos «grandes reyes» βασιλεὺς βασιλευ-
έων μεγάλων es el título constante, de ramas bárbaras adopten los títulos de sus antepasados, y se consideren por lo tanto como los sucesores y herederos de los reyes griegos. Uno de ellos, cuyo acuñador parece no dominar el griego, pone en sus monedas la siguiente inscripción βασιλεὺς βασιλευ-
ων Σωτήρ μέγας, se contenta, por lo tanto, con los títulos sin mencionar su nombre propio en la leyenda hindú. Conservan también los tipos de los dioses griegos, pero usan la figura de Poseidon para representar al dios hindú Siwa. El decaimiento paulatino del arte empieza a manifestarse. Surgen errores en el lenguaje y las letras adquieren formas bárbaras. Las cabezas de los reyes son casi siempre substituídas por su figura entera y a caballo. Solamente en las dinastías partas se conserva la cabeza, lo que proviene de los arsácidas. Junto a ellas hay también monedas de Azer y de Himakadphises que representan al rey con traje largo y gorra alta a la manera oriental, sentado en un cojín con las piernas cruzadas, o de pie, con las piernas abiertas. Una orientalización completa aparece en las monedas desde Kanischka. El griego desaparece y es substituído por un título iránico (sahnano sah), que se escriben con un alfabeto griego modificado para este objeto.

(Continuará)